

Descubrimiento

Los túneles del metro le dan miedo a Ana...esa oscuridad que traga y devuelve vagones en forma regulada, con ritmo calculado, le dan la sensación de cuevas y le recuerdan la vida de los mineros o a los mismísimos hombres de las cavernas que conoce gracias a las clases de historia y algunas películas de la tele. La escuela es, a veces, interesante: ¡hay tantas cosas nuevas que aprender y tanto para recordar!...a ella le atraen especialmente los relatos, las aventuras de tantos héroes y los grandes cambios que se han producido a través del tiempo.

También a Ana le encantan las películas de aventuras y los cuentos, especialmente los que incluyen príncipes, princesas, castillos encantados y, a veces, hasta dragones que vomitan fuego.

Se acerca ya el tren para ir a su casa, menos mal porque tiene mucha hambre y ya se imagina el sabroso guisado caliente de su mamá, especial para quitar el frío de la calle. En el vagón Ana se sienta junto a un viejito y, observando con atención, descubre su parecido con un personaje de cuento: un rey bueno, que sabe cuidar a sus súbditos y que tiene una bella princesa, sentada justamente a su lado. La joven y hermosa princesa tiene rizos oscuros y el azul de sus ojos y su porte elegante delatan su alta alcurnia, no dejan dudas de su nobleza, aunque pretenda ocultarla en ropajes comunes. Sus manos blancas y cuidadas no disimulan que están hechas para llevar el bastón de mando y gobernar, algún día, junto a un rey joven y apuesto.

Encantada con el descubrimiento, Ana no presta atención a las estaciones y, decidida a descubrir sus secretos, sin dudarlo, sigue con atención a sus altezas reales cuando se bajan del tren en la estación Goya.

Al salir, una fina llovizna les obliga a buscar el reparo de los balcones y las cornisas de los edificios señoriales de la calle, apresurando el paso para llegar cuanto antes a su destino. Ana camina detrás, con cierta discreción, para no llamar su atención...eso lo ha aprendido en las series de detectives de la tele. Su sorpresa es enorme cuando los ve entrar en el Museo Arqueológico Nacional, un hermoso edificio que bien podría ser una morada digna de la realeza ¿Cómo se llamarían el anciano y su hija, la princesa? ¿Tal vez Pedro el Grande y Sofía? Pueden ser unos nombres apropiados, piensa Ana.

Ya es tarde, su estómago ya da señales de alarma y seguramente su madre estará esperándola con la comida. Ana siguió su camino, no sin antes dar una última mirada a sus majestades, prometiéndose visitar el museo lo más pronto posible, pues seguramente allí los volvería a encontrar.